



6

Exposición sobre la importancia de incluir en los planes y programas de estudio la educación para la paz.



ASOCIACIÓN NACIONAL DE UNIVERSIDADES
E INSTITUCIONES DE EDUCACIÓN SUPERIOR

LIII Sesión Ordinaria del Consejo de Universidades Particulares e Instituciones Afines (CUPRIA)

Jueves 28 de abril de 2022, 11:00 Hrs.

Sede virtual Universidad del Valle de Atemajac

“Puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz”

Constitución de la UNESCO de 1946

CONSTRUIR EL FUTURO

En un mundo incierto y volátil, caracterizado por la innovación y el avance tecnológico; las Instituciones de Educación Superior están obligadas a proporcionar a las jóvenes herramientas para enfrentar problemas de todas las formas y tamaños; problemas que seguramente no vendrán con instrucciones. Lo presagiaba con exactitud Edgar Morin en el año 2001 “el futuro se llama incertidumbre”. (Morin, 2011)

Pensar que los años por venir son la garantía de un futuro mejor es posiblemente la expectativa más compartida a nivel global, tanto por la colectividad, como por los individuos que la componen; pero la expectativa colinda con la incertidumbre, pues si bien contamos con nociones que nos alientan a confiar que nuestras capacidades creadoras y de transformación serán suficientes para crear mejores condiciones de vida, nos enfrentamos al colapso de la comunidad frente a la necesidad de la identidad individual. Como lo advierte Zygmunt Bauman “una vida dedicada a la búsqueda de la *identidad* está llena de ruido y de furia. Identidad significa destacar: ser diferente y único en virtud de esa diferencia, por lo que la búsqueda de la identidad no puede sino dividir y separar” (Bauman, 2008).

Hablar entonces de un devenir en constante mejora o progreso (en un mundo inmerso en un rápido proceso de globalización), implica enfrentarnos al hecho de que conformar comunidades, depende del enfrentamiento de las vulnerabilidades personales y nos revela que el motor de la historia del progreso (como lo sugiere Walter Benjamin desde la interpretación de Bauman), es la repulsión y no la atracción. El cambio se produce porque los individuos sufren la incomodidad y la mortificación de lo que se percibe como doloroso o desagradable, ya que no desean que persistan esas condiciones y buscan constantemente la posibilidad de mitigar

o remediar ese sufrimiento; librarse de ello produce alivio, pero ese alivio no será duradero, pues cada nueva condición trae consigo nuevos motivos de preocupación.

Si bien hablar de la conformación de comunidades es una imposibilidad que no logra sobrepasar el discurso, esto no significa que no existan puntos de convergencia que promuevan la cohesión en las sociedades de naturaleza pluralista como la nuestra, en las que las relaciones de convivencia entre sus individuos están mediadas a partir de los valores de una ética cívica.

En este contexto la convivencia reclama una serie de acuerdos mínimos, en los que la educación juega un papel crucial. La “educación para la ciudadanía”, “la educación cívica y ética” o “la educación para la democracia” y “la educación para la paz” han hecho las veces de lugar común en la formación de la convivencia social: previenen el acoso, la agresión o la violencia y en suma nos invitan a coexistir sin dañarnos.

Adela Cortina lo advertía hace algunos años en su columna “educar para una ciudadanía activa”:

“Habría que ir más allá y empoderar a las gentes para que sean protagonistas de sus vidas, en solidaridad con los conciudadanos que igualmente han de ser los autores de sus biografías (...) para forjar una ciudadanía crítica, autora de su vida en solidaridad, no basta con conocer el “qué”, sino que es necesario reflexionar también sobre el “porqué” (...) Educar en la autonomía, en la ciudadanía activa, supone pertrechar a los alumnos de razones y ayudarles a ponderar cuáles son más poderosas, de forma que puedan ir decidiendo por su cuenta.” (Cortina, 2006)

Establecer una formación para la ciudadanía compromete a entablar consensos mínimos en valores fundamentales y reconocer que “la libertad es superior a la esclavitud y al servilismo, la igualdad a la desigualdad, la solidaridad al desprecio, el respeto a la intolerancia, el diálogo al conflicto, y la protección de los derechos humanos un deber.” (Cortina, Razones éticas para un futuro mejor, 2015)

Si bien es cierto que una ética ciudadana es el ideal a alcanzar, lo innegable es que la realidad nos lleva a conclusiones más tangibles y menos ideales; cultural, política y socialmente hemos elegido vivir los peores valores, las formas de vida consumista han guiado demasiadas decisiones, como lo afirma Slavoj Žižek “nuestro principal problema, incluso ahora, es que nos resulta más sencillo imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo” (Žižek, 2013). La constante es optar por el bien particular frente al común, padecer la corrupción y la impunidad que sume a países enteros en la precariedad, el hambre y el desempleo, la falta de oportunidades; la indiferencia frente a la tragedia de inmigrantes y refugiados, y el olvido de los más necesitados y vulnerables.

Tomar decisiones en tiempos contradictorios como los que vive esta generación implica un alto grado de complejidad. Las voces catastrofistas se equivocan al

asegurar que ya no hay valores, que la omisión es el sinónimo de identidad común, olvidan que elegir es valorar.

Educar agentes de paz desde las Instituciones de Educación Superior

“La primera condición de la paz es la voluntad para lograrla” Juan Luis vives

Hemos de considerar que la paz no es solo la ausencia de violencia. Construir un mundo en el que todas las personas vivan y convivan en paz, implica en primer lugar comprender en forma crítica y constructiva estructuras, conceptos y formas de convivencia presentes en la historia de la cultura que, en sí mismas son incompatibles con ella. En segundo lugar, debe existir la voluntad, la fuerza y la perseverancia para transformar la cultura y con ello dirigir la configuración de la conciencia desde un punto de vista centrado en la unidad y no en la separación.

Las IES tenemos el privilegio de contribuir en forma directa en la transformación de la cultura, formando seres humanos capaces de encontrarse en la diferencia para mirar al otro y confirmarse en él, a través del respeto y el dialogo crítico, integrando la complejidad y las contradicciones presentes en la vida humana para construir un estado de paz integral.

En este sentido, todos y todas habremos de cultivar las características que nos permitan fungir como agentes de paz, asumiéndonos con una actitud receptiva y abierta como parte del problema, pero queriendo implicarnos en la respuesta para un futuro mejor. Al recorrer este camino formativo de manera personal, conseguiremos sumar a más y más personas para integrar verdaderos colectivos actuando en la conformación de verdaderas comunidades.

La formación en valores cívicos es una responsabilidad compartida y más allá de los esfuerzos en materia de reformas en el escenario público, la política pública debe promover ampliamente estos valores en la sociedad. Para lograr esto, la OCDE invita a la Secretaría de Educación Pública y sus instituciones a intensificar los programas para incorporar la formación en valores de integridad y cívicos, en los planes de estudio.

Para lograr integrar estos cambios los sistemas y las instituciones educativas (en especial en las de educación superior), deben proporcionar herramientas y experiencias dinámicas a través de las cuales los jóvenes puedan aprender a implementar el conocimiento, tomar decisiones, trabajar con otros, perseverar, desarrollar opiniones críticas (y recibirlas), y superar conflictos.

Lo que está en juego en el debate sobre el futuro educativo no es si las instituciones suben o bajan del *ranking* de calidad. Sino cuán bien la educación superior prepara a los jóvenes para florecer en una sociedad inundada de tecnología inteligente, profundamente individualista, carente de vínculos comunitarios, en conflicto

continuo y que enfrenta un futuro incierto; con infinitas oportunidades de colaboración, pero también con profundos y urgentes desafíos que deben afrontarse.

Necesitamos destacarnos por ser más humanos en la misma medida que la sociedad se vuelve más tecnológica, a ser más creativos, más empáticos, a tomar la iniciativa en lugar de obedecer instrucciones, a trabajar en conjunto. Lo advierte Charles Ledbeater, “frente al avance tecnológico es inminente que nos destaquemos por ser más humanos”. (Leadbeter, 2016)

Debemos facilitar el movimiento global del aprendizaje hacia sistemas educativos más dinámicos. De esta manera, permitiremos que más estudiantes se conviertan en “solucionadores de problemas” y desarrollen capacidades humanas básicas para cuidar, empatizar y crear. Esas tres habilidades: preocuparse por lo que sucede en el mundo (la casa común), empatizar con otras personas y crear e innovar, y dar soluciones, son más importantes que la adquisición de nuevos conocimientos; en ellas radica la posibilidad de alcanzar una cultura y educación para la paz.

En este sentido las universidades tienen un compromiso mayor por su naturaleza histórica como instituciones formadoras de conocimiento y de criterio; hoy más que nunca se espera y se necesita que sus egresados propongan soluciones, construyan y transformen su entorno social, un entorno que no solo necesita profesionales íntegros, necesita personas íntegras.

Especialmente las universidades católicas deben tomar consciencia de esta necesidad y fijar una postura; a este respecto el Rector de nuestra universidad Pbro. Lic. Francisco Ramírez Yáñez en su informe de actividades 2017 hacía notar este compromiso:

“Ante estos desafíos, el proyecto educativo de la UNIVA nos llama a asumir un fuerte compromiso en favor de estas y otras causas, buscamos formar personas sensibles a los problemas y que contribuyan con convicción a impulsar el desarrollo sustentable de México, a través de un desempeño ejemplar, profesional y congruente con la perspectiva cristiana. Nuestra naturaleza, como la universidad católica más grande del país, nos marca un camino claro: ser una institución responsable y actual, comprometida con su entorno, que sabe forjar alianzas y que actúa en aras del bien común. Hay razones para tener esperanza” (Yáñez, 2017)

Los compromisos de las instituciones de educación superior deben traducirse en respuestas concretas vertebradas con sus propuestas curriculares y pedagógicas, orientadas a superar la reflexión, invitando a sus estudiantes a enfrentar el desafío que les lanza el futuro con las mejores herramientas posibles.

Ningún esfuerzo es menor y ningún logro es pequeño. Las Universidades por si solas simbolizan la búsqueda y la transformación constante en todos sus niveles, desde el contexto social en el que se encuentran insertas, hasta el universo personal de aquellos que estudian en ellas; por ello sus proyectos educativos deben establecer como una prioridad la formación en cada uno de sus programas universitarios desde una mirada crítica y dispuesta para la elección de una postura

profesional y personal basada en vivencia de valores cívicos activos, orientados a conformar una cultura paz, con sus estudiantes como agentes de la misma; partiendo en primer lugar del planteamiento de sus perfiles de egreso, resultados de aprendizaje y planes de estudio en los que debe materializarse de forma directa y transversal la propuesta, el diálogo y la acción encaminada a la disminución de la violencia estructural y a la generación de la paz.

Elaborado por: Mónica de Jesús Díaz Orozco
Reyna Guadalupe Sánchez Moreno

Bibliografía

Bauman, Z. (2008). *Comunidad*. Madrid: Siglo XXI.

Cortina, A. (30 de 12 de 2006). Educar para una ciudadanía activa. *El País*.

Cortina, A. (19 de 11 de 2015). Razones éticas para un futuro mejor. *El País*.

Leadbeter, C. (2016). *Los que solucionan problemas*. California: Pearson.

Morin, E. (2011). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Buenos Aires; Argentina: Nueva Visión.

Yáñez, F. R. (2017). *Informe del rector 2017*. Zapopan, Jalisco.

Zizek, S. (2013). *El año que soñamos peligrosamente*. Madrid: Akal.